



SERMON II

DE SACRAMENTO,

sobre el honor y ventajas que nos resultan de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem... Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel. Isai. XII. 2. et 6.

Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y ha venido á ser mi salud... Regocijáos, y alabadlo, habitantes de Sión; porque en medio de vosotros está el gran Santo de Israel.

SEÑORES:

Con estas palabras convida el santo profeta Isaías á los hijos de Is-

raél á entregarse al regocijo espiritual y á la accion de gracias por la venida del Mesías, su fortaleza, su honor y su salud. Y con las mismas expresiones no dudo yo alentar vuestra confianza á presencia de la realidad del mismo Salvador en el Sacramento de nuestros altares; pues como aunque Jesucristo en el portal de Belén no aparezca á los habitantes de Sión con aquel exterior de magestad correspondiente á su grandeza de Rey inmortal de todos los siglos, su estado de humillacion no obstante no le impide el ser el grande, el Santo de Israel, su escudo y su defensa; del mismo modo el Salvador, aunque oculto baxo las especies eucarísticas, aunque humillado, anonadado y sin aparecer nada de lo que es, no por esto quando renace, para decirlo asi, sobre nuestros altares, dexa de ser el verdadero Hijo de Dios vivo, el grande, el Santo de los santos, que

habita entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, como nuestra fortaleza, nuestra gloria y nuestra esperanza. ¡Qué motivos tan poderosos de júbilo y de alegría espiritual para toda alma cristiana que sabe apreciar los dones de Dios y que aspira á su salud eterna!

Apoyado sobre estas verdades fundamentales de nuestra religion, os haré ver, I.: el verdadero honor que nos resulta de la presencia real de Jesucristo en este Sacramento; y en II.: las ventajas que podemos sacar de comunicar realmente con Jesucristo en la Eucaristía: dos breves reflexiones que dividen la materia, digna de la cátedra que ocupo, y á propósito para vuestra instruccion. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, postrándoos con sumision ante aquel augusto Sacramento, fuente y origen de toda gracia.

Ave María.

Thema ut suprà.

¡Qué diferencia, señores, tan notable entre el honor que resulta á un vasallo de la confianza, liberalidad y amor de su príncipe, y el que Jesucristo, presente en la Eucaristía, confiere al pueblo cristiano! Las liberalidades y amor confidencial de un soberano á su válido tienen regularmente sus límites, dice un sabio; y su corazon no suele ser tan constante que persevere firme en conservarles su honor y valimiento. Mas Jesucristo en este Sacramento lleva sus liberalidades y su amor al hombre hasta el exceso de comunicarle todo lo que es, sin reserva alguna; y para manifestarle que lo ama hasta el fin, permanece con él hasta la consumacion de los siglos. En dos palabras: se nos da total-

mente y para siempre. ¿Qué honor es comparable á esta liberalidad y á este constante amor? Reflexemos.

Dios, en cuya presencia somos como si no fuésemos, estima sin embargo al hombre, dándole distinguido lugar en su corazon; ya sea porque es su imágen y compendio de sus maravillas; ya porque le formó para colocar en él sus complacencias; ya en fin por haber de tomar su naturaleza. Por manera, que antes de la constitucion del mundo le miraba ya con sentimientos de distincion y de honor. Por el hombre en efecto puso los fundamentos de la tierra, extendió como un hermoso pabellon los cielos, los adornó de brillantes estrellas y de estos dos hermosos luminares, presidentes del dia y de la noche. Por el hombre puso límites al mar, arregló las estaciones y crió todos los séres. Al uso del hombre destinó todo lo criado, constituyéndole príncipe de to-

das las criaturas visibles, y gefe de los estados é imperios. Y no contento, le prepara una distincion honorífica, superior á todo lo que miramos grande y excelente sobre la tierra; esto es, quiere asociarle eternamente á su gloria, como á coheredero.

¡Ah! ¡quién es el hombre, Dios mio! ¿ó qué has visto en él, que tanto le engrandeces? Y como si tantos privilegios no fuesen bastantes para honrarlo y distinguirlo, ¿quereis vos mismo haceros hombre, sujeto á sus miserias, á excepcion del pecado, cargar con sus delitos y satisfacer sus deudas? Enmudece aqui, razon humana, á presencia de honor tan inefable. El Verbo eterno se hace Hombre, y eleva á este Hombre hasta la divinidad, reuniendo en una misma Persona todo lo que se halla de mas humilde en el hombre, y todo lo perteneciente á la divinidad. De suerte que entre Dios y el

hombre se halla una especie de comunicacion reciproca de abatimiento y de gloria. Dios se humilla, y el hombre es ensalzado y glorificado. Dios desciende para ser lo que no era, y el hombre va á elevarse infinitamente sobre todo lo que era. Para decirlo de una vez, Jesucristo viene á ser un Dios Hombre ó un Hombre Dios. De aqui se sigue por una consecuencia necesaria, que el Hijo del Hombre es nuestro hermano, y nosotros sus coherederos; y que á pesar de la infinita distancia que media entre el Hijo de Dios y nosotros, todo lo que es esencial al hombre, le es comun con nosotros. ¡Inefable honor, mortales, grandeza inexplicable!

Y si tanto honor nos resulta de la encarnacion del Verbo eterno, ¿será inferior, os ruego, el que recibimos por la institucion del Sacramento eucarístico? Formemos un breve paralelo. En la encarnacion

le vemos por la fe como un Dios abreviado y obscurecido en el vientre de una Virgen; mas en la Eucaristía es un Dios anonadado y oculto baxo los débiles velos de un poco de pan en apariencia. En el Verbo hecho Hombre vemos un Dios sujeto á las miserias humanas, y que conversa y come con los pecadores; pero en la Eucaristía es un Dios que entra en el corazon mismo de los pecadores, y se les comunica por alimento. Al Verbo, viviendo en carne pasible y mortal, vimos recorrer las villas y lugares de la Judea, sanando á los enfermos y haciendo bien á todos; mas en la Eucaristía vemos que se fixa no en un lugar ó en muchos, sino en toda la tierra habitada, porque en todas partes se ofrece esta Hostia immaculada, conforme al vaticinio de un profeta. Jesucristo fue crucificado una sola vez sobre el ara de la cruz; pero sobre nuestros altare es dia-

44 SERMONES

riamente sacrificado. Jesucristo, concluida su mision, dexa al mundo, y vuelve al seno de su Eterno Padre á tomar posesion del trono de gloria que habia conquistado con su Sangre; pero en la Eucaristía habita realmente con nosotros hasta la consumacion de los siglos, cuando venga á colocar á sus electos sobre los tronos que les tiene preparados. Fue pues en este adorable Sacramento donde el Hijo de Dios parece quiso demostrar con mas claridad y distincion el honor y preferencia que daba al pueblo cristiano.

Gloriense en buen hora los judíos, dice un sabio, gloriense de su templo, del arca de su alianza, de sus patriarcas y profetas, de sus jueces y reyes, mientras nosotros con mas justa razon nos gloriamos con la presencia del Santo de Israel, que habita entre nosotros. ¿Qué comparacion puede haber entre el templo y el Señor del templo? ¿Entre

VARIOS. 45

el arca del Señor y el Señor mismo? ¿Entre los patriarcas, profetas y reyes de Israel, y el Deseado de las gentes, el Santo de Israel? Gloriense pues de sus Sansones, Gedeones y Salomones, mientras nosotros nos gloriamos de la presencia real de Jesucristo en este Sacramento, nuestra fortaleza, nuestra gloria y nuestro verdadero honor; pues no solo se nos da totalmente por un efecto de su liberalidad, sino para siempre por un exceso de su amor.

Todos los hombres padecen generalmente del achaque de inconstantes en el amor. ¿Cuántas amistades vemos rotas por las mas leves causas, amistades que nos parecian eternas, y vínculos deshechos, que por religion y por naturaleza debian ser inseparables? Solo Jesucristo sabe amar y ser constante en su amor. Habiendo amado á los suyos, dice el evangelista, quiso amarlos hasta el fin, instituyendo á su favor

este augusto Sacramento. ¿Mas en qué tiempo ó con qué miras? En la ocasion misma en que iba á ser entregado en manos de sus enemigos para dar su vida por el hombre. Cuando iba á ser cubierto de oprobrios y de afrentas por aquellos mismos á quienes habia colmado de beneficios. Cuando entre sus apóstoles mismos ve á uno que le va á vender, á otro que lo ha de negar, y á todos que van á huir, dexándole en el mayor abandono. Entonces, entonces, señores, hace ostentacion de su mas fino amor, dándoles á comer y beber, baxo las sagradas especies de pan y vino, su verdadero Cuerpo y Sangre.

Y para que tan sagrado alimento no faltase en la iglesia que habia venido á establecer, confirió á sus apóstoles la potestad de consagrar estas mismas especies en su nombre y memoria, para habitar realmente en su pueblo de adquisicion, hasta

la consumacion de los siglos. Bien preveía nuestras irreverencias y los ultrajes que harian á su adorable Cuerpo y Sangre en este Sacramento los judíos, los gentíles, los hereges, los materialistas y los malos cristianos. Veía infinidad de Judas que en el transcurso de los siglos le venderian por el vil precio de una passion favorita: infinidad de Herodes que le tratarian á lo ridículo como á rey de burlas; infinidad de escribas y fariseos que le perseguirian y pedirian su deshonor, conspirando á su ruina baxo el pretexto de celo; infinidad de Pilatos, que por vanos respetos, por intereses mundanos y por miedo de desagradar á los grandes, faltarian á las leyes de la equidad y la justicia; infinidad de cristianos, profanadores sacrílegos de esta sagrada mesa, y mucho mas criminales que los judíos mismos.

A pesar de tan horrendos crímenes, nos da en este Sacramento

la prueba mas decisiva y mas constante de su amor. Se queda en medio de nosotros para comunicárnos tal como es, sin division, sin disminucion alguna, su Cuerpo su Alma, su Divinidad, sus infinitas perfecciones; y esto no por un dia, no por un año, no por un siglo, no por muchos, sino para siempre. Ensalzado sea, ¡ó mi Dios! vuestro inefable amor y caridad. ¡O, si supiéramos apreciar nosotros el honor, la gloria y distincion que nos resulta de vuestra real presencia en este Sacramento! ¡O, si apreciásemos vuestras liberalidades! ¡O, si reflexionáramos vuestro incompreensible y constante amor en la Eucaristía! ¿Con qué pureza de conciencia, con qué reverencia, con qué acciones de gracias no nos acercáramos á esta sagrada mesa? ¿Qué alegría, qué dulce complacencia, qué celestial júbilo no experimentaríamos al considerar la distincion que Jesu-

cristo hace de nosotros por medio de este manjar divino? ¿Con cuánta mas razon que el pueblo de Israel deberíamos decir con el profeta: mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi salud? *Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Alegraos, pues, hijas de Sion, almas fieles, alegraos del honor que os resulta de que habite en medio de vuestro pueblo, real y verdaderamente, el Grande, el Santo de los santos, y apresuraos á conseguir las ventajas que su íntima comunicacion os promete. Segunda reflexion. Seguidme atentos.

II. Gloriábase Moisés en otro tiempo, que no habia nacion tan grande, tan privilegiada sobre la tierra, que tuviese dioses tan próximos á ella como el que asistia á la nacion judáica. Es verdad que Dios, habiendo elegido á Israel por su pueblo favorito, estaba compro-

metido en cierto modo á colmarlo de beneficios con preferencia á las demas naciones. Pero tambien es cierto, que todas las prerogativas concedidas á Israel, comparadas con la presencia real de Jesucristo en medio del pueblo cristiano, son infinitamente inferiores. Á Israel en efecto hablaba Dios por ministerio de sus profetas, y á los cristianos por boca de su propio Hijo, como dice San Pablo. Los sacerdotes de aquel pueblo antes de orar por él, tenían, añade el apóstol, que orar por sus pecados; mas Jesucristo, Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech, é impecable por esencia, en las oraciones y súplicas que dirigió á su Padre por la iglesia, siempre fue oído, por la reverencia que le es debida. Los sacrificios mismos que se ofrecían en la ley antigua, eran solo figuras del de la ley de gracia. Por lo demas, eran elementos vacíos, carnales, groseros, nada cor-

respondientes á la suprema Magestad, é incapaces de reparar su gloria. Pero el sacrificio de la ley de gracia, que diariamente se renueva sobre nuestros altares, aunque in-cruento, satisface completamente por el pecado, repara el honor vuln-rado del Sér supremo, y nos reintegra en el derecho de hijos de Dios, que habiamos perdido por la culpa. A los israelitas concedió por alimento el maná que llovía del cielo en su tránsito por el desierto; mas al pueblo cristiano concede por man-jar en este Sacramento al verdadero pan del cielo; es decir, el Cuerpo y Sangre real de Jesucristo, nuestro mediador para con el Padre, y escudo inexpugnable contra nuestros ene-migos visibles é invisibles.

Si atendemos en efecto la con-ducta de Dios en orden al hombre de nuestros dias, comparado con el de los primeros siglos, hallaremos una notable diferencia. Allá se nos

presenta á cada paso como Dios de las venganzas, y acá como Padre de las misericordias. ¿Será por ventura porque el hombre es menos criminal en nuestros dias? ¡Ah! ¿cuántas ciudades mas abominables que las de Pentápolis no tolera el Señor en su paciencia? ¿Consistirá esta tolerancia en que tiene en el dia menos horror al crimen que en los siglos primitivos? Nada menos. Dios siempre justo y recto en sus juicios no es mutable como los hombres. ¿En qué consiste pues tanta indulgencia con un pueblo donde reina la licencia y la desenvoltura con tanto ó mas desenfreno que en las infames ciudades de Sodoma y de Gomorra? Yo oso decirlo, señores: en que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo, que se ha dignado habitar entre nosotros, teniendo en esto sus delicias. De aquí su paciencia misericordiosa y la indulgencia para con el pueblo cristiano.

La historia de la religion nos enseña que el Dios de las venganzas perdonó mas de una vez á los israelitas por los méritos de Abraham, de Isaac y de Jacob. ¿Cuántas veces no triunfaron de sus enemigos, por conservar el honor del arca de su alianza? Por consideracion á Moisés y á su hermano Aaron ¿no mitigó el Señor la sentencia que habia dado contra los murmuradores? ¿No calmó su ira á presencia del zelo de Fineés? ¿Qué hará pues cuando ve entre nosotros á Jesucristo, y que se presenta por nuestro abogado? ¿No será bastante á desarmar su justa ira la dignidad infinita, la infinita santidad, el mérito infinito de nuestro Salvador?

¡Ah si oyésemos la voz con que desde el fondo de nuestros tabernáculos clama por nosotros á su Padre celestial este divino mediador! Es el Espíritu de Dios, dice S. Pablo, el que pide por nosotros

con gemidos inenarrables. *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Jesucristo ruega á su Padre que ninguno perezca de los que le han entregado; que los haga participantes de la misma claridad que goza; que se los agregue, para que posean su mismo reino: *postulat pro nobis.* Su clamor, dice un sabio, ahoga los gritos de nuestros desórdenes, que piden venganza, y se oponen como un muro á este torrente de iniquidad, que sin un tal mediador atraeria la desolacion de todo el mundo. Paréceme le oigo decir: ¿perderéis, Señor, un pueblo que os he adquirido con mi Sangre? ¿Daréis lugar á nuestros enemigos á que insulten vuestra gloria y la mia; ó á que desconfien de vuestra bondad ácia mí; ó de mi poder para con vos? *Placatusque est Dominus.* Adorable voz de mi Salvador, que elevada sobre mis propios crímenes, me envia auxilios que o-

bren mi conversion en lugar de los castigos que mis delitos merecian. Mis iniquidades, Señor, estan siempre delante de mis ojos; mas espero vuestra misericordia por los méritos y voz de vuestro Hijo, que intercede por mí, hecho garante de mi reconciliacion. *Dominus retribuet pro me, opera manuum tuarum ne despicias.*

Alentad pues, señores, vuestra confianza, porque habita realmente entre nosotros Jesucristo, nuestro abogado y defensor. ¡Oxalá supiéramos aprovecharnos de su divina presencia! Abrid los ojos de vuestra fe para ver á aquel Señor, que conducido en otro tiempo en figura sobre el arca de la alianza, anegó en el mar Roxo á los egipcios, domó á los reyes de Canaam, y destruyó á los enemigos de Israel, y que reside hoy realmente en medio de nosotros para hacernos triunfar de todos nuestros enemigos, si usamos

con fidelidad del poder que nos confiere en este augusto Sacramento, seguro asilo y escudo inexpugnable en todas nuestras necesidades.

He dicho *si usamos con fidelidad del poder que nos confiere*, porque asi como los israelitas para ser protegidos de un modo tan singular debian corresponder á las bondades de Dios, asi tambien quiere Jesucristo cooperemos los cristianos á las inspiraciones de su gracia; quiere imploremos su auxilio para prevalecer en los combates; quiere recibamos con pureza y con fe viva este pan celestial, que nos hará marchar con mas fortaleza que Elías por el desierto de esta vida. ¿Quereis pues hallar alivio en todas vuestras miserias? Recurrid á Jesucristo, que habita entre vosotros. ¿Quereis prevalecer contra los asaltos de la concupiscencia, este ángel de sataná, como la llama el apóstol, que os solicita, os atrae y arrastra ácia lo

malo? Recurrid á Jesucristo, que habita entre vosotros. ¿Quereis triunfar de los ardidés del espíritu seductor, que á manera de un leon rugiente da vueltas al rededor de vosotros buscando á quién devorar? Recurrid á Jesucristo que habita realmente entre vosotros. Esta es la torre fortísima de donde penden mil inexpugnables escudos. Este es el augusto personage, á cuyo Nombre se inclinan los cielos, la tierra y los infiernos. Este es el único Nombre en que podemos ser salvos, segun el oráculo del apóstol.

Reconoced, cristianos, vuestra dignidad, y el honor que os resulta de la presencia real de Jesucristo entre vosotros. El Señor, por un efecto de su bondad, os ha exáltado y gratificado aun mas allá de vuestras esperanzas, atendida vuestra baxeza y miseria. Os ha exáltado dándoos al Grande por antonomasia. Os ha gratificado, dándoos al

Santo de Israel, segun la expresion de Isaías. *Quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Alegraos espiritualmente, almas fieles; adorad la bondad inefable, la incomparable liberalidad de Dios, oculto y grande, que en el Sacramento de nuestros altares es vuestra fortaleza y vuestro honor, y se ha convertido en salud vuestra: *fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Es nuestro mediador para con el Padre, y desde el fondo de nuestros tabernáculos intercede por nosotros; sirviéndonos de escudo inexpugnable contra nuestros enemigos. *Postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Dichosos vosotros, si agradecidos á tantos beneficios, sabeis corresponder fielmente al honor con que Jesucristo os ha ensalzado con su adorable presencia, al amor con que se os comunica en este inefable Sacramento, y al asilo que nos prepara en esta divina mesa. Amad-

le pues de corazon, glorificadle y ensalzadle, confesando que es el verdadero Hijo de Dios, el Cordero immaculado, que quita los pecados del mundo, á quien se debe todo el honor y la alabanza en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.